

PATRICIO LYNCH, MARINO Y GOBERNANTE

Víctor Larenas Quijada*
Contraalmirante

Antes de analizar el tema de fondo mencionado, se pretende esbozar aquí, en forma sucinta, las circunstancias previas de su vida que lo llevaron a asumir y desempeñar exitosamente tan importante y delicado cargo, que el juicio sereno de los extranjeros llegó a calificarle como "el mejor virrey del Perú" y un historiador nuestro con plena y justificada razón, como "el hombre de guerra más completo que hasta hoy ha producido la América española". Su sagacidad y pericia, su cultura, sus refinados gustos, su ponderado manejo del poder, su talento, sus dotes administrativas, su perspicacia diplomática, su amplitud de recursos, hicieron de él un hombre idealmente completo.

Primeras experiencias navales.

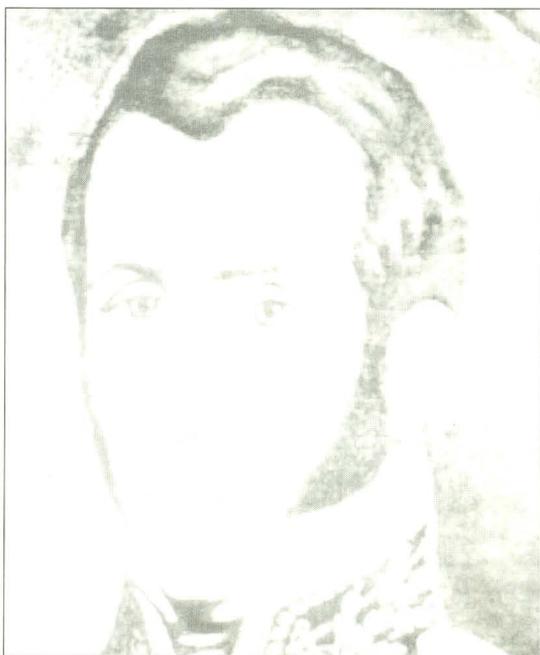
Don Patricio Lynch nació en Santiago de Chile el 1 de diciembre de 1824. La familia Lynch es de origen irlandés y procedente de la ciudad de Galway, al oeste de la isla. El primer Lynch que pasó a América fue don Estanislao Miguel Lynch, quien se estableció en la ciudad de Buenos Aires. Uno de sus hijos don Justo Pastor Lynch, contrajo matrimonio en esa ciudad con doña Ana de Roo dejando como descendencia a Patricio y Estanislao Lynch Roo. Este último vino a Chile donde se casó con doña Carmen Solo Zaldívar, y fueron los padres del vicealmirante Lynch, quien llevó el nombre de pila de su tío que muriera en Argentina en los últimos años del siglo pasado.

Patricio, segundo de los hijos de don Estanislao Lynch, ingresó a la Academia Militar el 2 de marzo de 1837, dirigida por el Coronel don Luis Pereira, y a los trece años de edad, el 27 de febrero de 1837, se incorpora a la Escuadra como Guardiamarina siendo embarcado en la corbeta *Libertad*, que regresaba de una expedición a las costas de Perú al mando de don Roberto Simpson, ilustre marino nacido en Inglaterra y que había llegado a Chile poco después de Cochrane.

En abril de 1838, mientras se organizaba el Ejército expedicionario con el objeto de combatir el poder de Santa Cruz y de devolver a Perú la autonomía que este general pretendía arrebatárle con su proyecto de Confederación, zarpó de Chile la Escuadra que bloqueó el Callao en ese año, al mando del Comandante de la *Libertad*, don Carlos García del Postigo. La personalidad de García del Postigo es hasta hoy poco conocida, debido sin duda, a su gran modestia; pero la historia reconoce su brillante actuación de marino y realza sus grandes hechos de armas. Nacido en Chile y enrolado en la Marina española, donde alcanzó el grado de Alférez de Fragata, como muchos otros marinos chilenos abandonó el servicio de España para abrazar la causa chilena. A las órdenes de este distinguido Jefe se inició el Guardiamarina Lynch en la vida naval-militar.

A principios de mayo la Escuadra chilena al mando de García del Postigo, como se ha dicho, enfrentó la rada del Callao, estableciendo el bloqueo de ese puerto y manteniendo encerrados en dicha bahía a los buques peruanos que allí estaban fondeados: el *Fundador*, *Junín*, *Socabaya* y *Janacochoa*.

* Destacado Colaborador, desde 1983.



Capitán de Navío Carlos García del Postigo.

El plan de bloquear el Callao tenía por objeto obtener el dominio del mar para asegurar la libre navegación del convoy que debía conducir al Ejército expedicionario, al mando del General don Manuel Bulnes, encargado de operar en el mismo Perú.

García del Postigo hizo ejecutar un heroico y audaz golpe de mano; se propuso arrancar de manos del enemigo la corbeta *Socabaya* y el bergantín *Fundador* que se encontraban en desarme cerca del muelle, protegidos por los fuegos de los castillos y de las baterías. Para realizar esta empresa, de por sí atrevida y de difícil ejecución, se alistaron tres lanchas cañoneras al mando del Mayor don José Angulo y del Teniente 1º don Leoncio Señoret. La *Socabaya* fue apresada sin daño alguno, rendida su tripulación y sacada a remolque por las embarcaciones menores que habían conducido a los apresadores; no pudieron hacer lo mismo con el bergantín *Fundador*, porque fue de antemano inundado por los peruanos, quedando entre aguas, inutilizado.

De esta suerte el audaz y brillante episodio naval de la noche del Ede agosto engrosaba con una nueva nave la Armada de Chile y aniquilaba las fuerzas marítimas estacionadas en el

Callao. El Guardiamarina Lynch fue uno de esos bravos marinos que participó en la captura de la corbeta y don Luis Barros Borgoño, en su biografía del Vicealmirante Lynch, cuenta que no logrando éste saltar por sobre la borda de la *Socabaya* a causa de su tierna edad, el Teniente Señoret le tomó de los calzones y lo lanzó sobre el puente enemigo. Ese fue el bautismo de fuego que le tocó recibir al Guardiamarina Lynch. Iniciaba así su vida de marino en las mismas aguas que más tarde habrían de ser surcadas por los buques de su Patria, de los cuales sería invicto y preclaro jefe.

Al término de la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, los buques que entonces constituyeron nuestra Escuadra, a excepción de dos o tres, fueron desguazados para ser vendidos en pública subasta.

Experiencias en la Armada inglesa.

El Ministro de Marina de la época, don José Santiago Aldunate preocupado, y con justicia, de la triste situación que corría el ramo a su cargo, informó al Congreso del resultado de sus investigaciones y, entre otras materias, expresaba: "Ruinas quedan sólo de aquella famosa Escuadra que fue el guardián del Continente. No hay naves suficientes por su número, ni por su calidad, para satisfacer las exigencias del servicio; no hay personal ni pertrechos para habilitarla, ni marinería que la tripule, y los oficiales que quedan de los pasados tiempos de gloria, dispersos en el retiro de sus casas, sin centro de acción, sin esperanzas, son objeto de desaliento para los jóvenes marinos que, formados bajo sus auspicios ven, simbolizada en ellos, la suerte miserable que les aguarda". Más adelante el Ministro de Marina agrega: "La educación de nuestros jóvenes marinos es un asunto de vital importancia y, como carecemos de los medios necesarios para conseguir tan interesante objeto, se solicitó del Contraalmirante de S.M.B. en el Pacífico que admitiese a bordo de los buques de su mando a algunos Oficiales de la Marina Nacional; y tengo la satisfacción de anunciar que en el día navegan en dichos buques cuatro jóvenes, de cuyo comportamiento y aptitudes tiene el Gobierno los más favorables informes. Algunos de ellos se han portado con honor en la reciente guerra contra la China; otros han merecido aplausos por el acierto con que han desempeñado comisiones de importancia".

Los jóvenes que menciona el Ministro de Marina en su informe eran los Tenientes Primeros

Benjamín Muñoz Gamero, Patricio Lynch, Roberto Gatica y Tomás Barragán. En esta carta de don José Santiago Aldunate al Congreso quedan muy claro los motivos por los cuales los oficiales de nuestra Armada iban dejando el servicio, ya sea agregándose a otras Marinas los unos, o abandonando definitivamente el servicio, los más.

Lynch permaneció en la Escuadra de Chile hasta el 11 de febrero de 1840, en que, a solicitud del Almirante Ross, se le permitió pasar al servicio de la Marina inglesa, conservando su antigüedad como si sirviese en la de Chile. Fue embarcado en la corbeta *Electra*, que llevaba la insignia del Almirante británico, y navegó en ella por toda la costa del Pacífico durante la primera mitad de ese año. En el mes de junio fue transbordado a la fragata *Calliope*, mandada por el Capitán Sir Thomas Herbert, que acababa de fondear en Valparaíso, y que se aprestaba a salir para China a reforzar las fuerzas navales inglesas allí estacionadas.

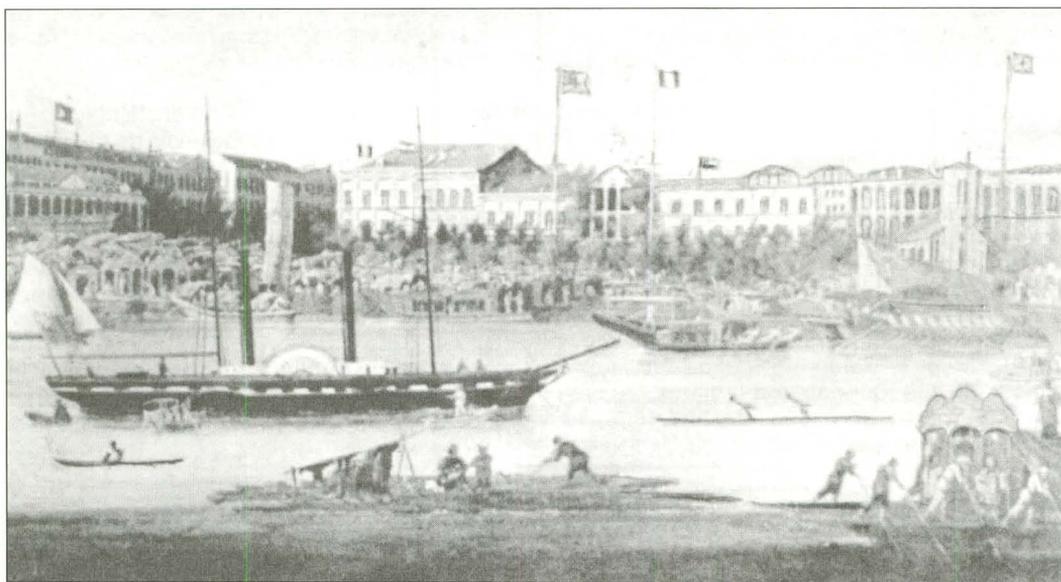
En ese año de 1840 Inglaterra se vio envuelta en la guerra contra China, denominada guerra del opio. Iniciadas las hostilidades contra el Celeste Imperio y considerando el Almirante inglés que las fuerzas navales a sus órdenes eran insuficientes, dispuso que fueran a engrosar su división las diversas naves que se hallaban en el Pacífico.

La *Calliope*, enviada a esas aguas, zarpó de Valparaíso el 1º de julio de 1840 y a su arribo al área

de conflicto, el Comandante Herbert recibió el mando de inmediato de todas las operaciones que emprendieron los ingleses sobre las costas de China. El Guardiamarina Lynch acompañó a su jefe durante toda la campaña, combatiendo a su lado y llevando la bandera inglesa. Se encontró en nueve combates y tomó parte activa y brillante en los asaltos de Cantón, Amoy, Chussan, Ningpoo y Nankin,

En todos estos combates el Guardiamarina Lynch llevaba la bandera de su jefe, y cargaba a la cabeza de la marinería de desembarco; siendo tan notoria y bizarra su conducta en el asalto al fuerte Whampoo, en que los ingleses fueron rechazados dos veces, que su nombre fue puesto en la orden del día y elevado a Guardiamarina de S.M.B. en el campo de batalla.

Por su distinguido y brillante comportamiento durante la campaña de la toma de Shanghai, el gobierno inglés honró a Lynch con una medalla, la que conservó siempre con singular orgullo. Obtenida la paz por el Tratado de Nankin, celebrado el 29 de agosto de 1842, el navío *Blenheim*, a cuyo bordo se encontraba Lynch como abanderado del Comodoro Herbert, volvió a Inglaterra por el cabo de Buena Esperanza, tocando Batavia, Singapore, Calcuta y Santa Elena, arribando a Portsmouth el 5 de abril de 1843. El Guardiamarina Lynch fue transbordado a la fragata *Tyne* de S.M.B. la que primero operó en la



*Enclaves occidentales en Cantón, en 1840. Oleo de pintor chino anónimo
(Nótese la bandera chilena entre las de otras potencias).*

costa de Islandia y después pasó a engrosar la Escuadra que se hallaba de estación en el Mediterráneo.

En junio de 1844, Lynch fue ascendido a Teniente de la Marina inglesa. Embarcado a bordo del vapor *Gueysen* navegó constantemente el Mediterráneo, y recorrió en especial la costa de España, Italia, Grecia, Turquía, Egipto y Francia, visitando Jerusalén, Damasco, Alejandría, El Cairo, Atenas, Nápoles y todos los puertos vecinos al Mediterráneo. En septiembre de 1846, volvió a Inglaterra para ser de nuevo embarcado en el gran navío *The Queen*, de 110 cañones y el mayor de toda la flota inglesa.

El gobierno chileno gestionó ante Lord Palmerstone por intermedio del Ministro de Chile en Londres, Rosales, la devolución de Lynch cifrando altas esperanzas en la contribución que aportaría al progreso de la Marina Nacional. A decir de Francisco Antonio Encina: "Lynch se separó en 1847 de malas ganas de la Marina británica, a la cual ya pertenecía en cuerpo y alma, y donde creía tener una brillante carrera, para incorporarse a la Marina chilena con el grado de Teniente 1º, que tenía en el escalafón de la Marina inglesa. Desde su arribo -continúa Encina- fue en ella un descastado. Entre su temperamento, su carácter, su cultura y sus gustos y los de sus camaradas, nada había de común".

En 1847 después de haber vivido algunos meses en París, el Teniente Lynch volvió a la patria. El 20 de octubre de 1847, se reconoce a Lynch como Teniente 1º de la Marina de Chile y en noviembre del mismo año fue nombrado Comandante del bergantín *Cóndor*, buque en el que efectúa frecuentes viajes a Magallanes que eran la mejor escuela para formar en el Oficial de Marina, además de la pericia de su arte, esa segunda naturaleza que tan esencial era para soportar sin quebrantos las privaciones y fatigas de la vida en el mar. Durante su permanencia en las regiones del sur, Lynch practicó diversos e importantes reconocimientos de los canales del Estrecho y de las islas de aquella región e hizo desde Magallanes tres viajes a Chiloé.

Posteriormente, Lynch recibe nuevas destinaciones. Comanda la fragata *Diana*, el transporte



Patricio Lynch en sus años de Comandante de unidades navales.

Infatigable, Oficial de Detall del bergantín *Meteoro*, comandante del bergantín-goleta *Janequeo* con el grado de Capitán de Corbeta, al que había ascendido el 5 de septiembre de 1851. Desembarcado a mediados de 1851, fue nombrado Ayudante de la Comandancia General de Marina, puesto en que permaneció hasta febrero de 1852, en que volvió a tomar el mando del *Janequeo*.

Años opacos.

Ascendido a Capitán de Fragata en febrero de 1852, se retiró absolutamente del servicio el 17 de enero de 1854. Once años pasó Lynch en esa condición, viviendo más como campesino que como soldado, hasta que la guerra con España lo sacó de su retiro. Con fecha 6 de diciembre de 1865, fue reincorporado al servicio y vuelto a su grado de Capitán de Fragata. Durante esa guerra Lynch prestó diversos servicios y delicadas comisiones, desempeñándose siempre con la puntualidad y el acierto que le eran peculiares.

El 18 de junio de 1867 fue nombrado Gobernador Marítimo de Valparaíso, puesto que desempeñó hasta 1872. En seguida fue nombrado agregado al Ministerio de Marina y sirvió al Gobierno de consultor en todos los trabajos de reorganización de la Escuadra emprendidos en aquella fecha.

La Guerra del Pacífico estaba llamada a ser el teatro de sus glorias y de sus más positivos e importantes servicios a la República.

Mientras Lynch permaneció en la Gobernación Marítima de Valparaíso, obtuvo el grado de Capitán de Navío, en que lo encontró la Guerra del Pacífico. Al estallar ésta, se encontraba alejado del servicio activo y sus compañeros casi ya lo habían olvidado. No sabían otra cosa de él sino que había estado embarcado ocasionalmente y se oponían a que por razón de antigüedad, pudiese tomar entre ellos una situación preponderante.

En este desfavorable ambiente lo encontró la declaración de guerra. Ocupaba el puesto insignificante de Comandante de un cuerpo cívico en Valparaíso y a pesar de sus empeños porque se le incorporara en la Escuadra no lo pudo conseguir, porque surgía la dificultad de que, siendo el Capitán de Navío más antiguo entre los embarcados, le habría correspondido reemplazar al Almirante en caso de muerte; quedaba encima de los Comandantes de los blindados y en el umbral del mando superior, precisamente lo que la Marina no aceptaba porque colocaba en otros nombres su influencia y esperanzas.

Lynch se encontraba en la fastidiosa situación moral del que ve su carrera y aspiraciones entorpecidas por una causa oculta que no se explica bien. Hizo grandes esfuerzos con Pinto para que le diera en la Escuadra una colocación en relación con su grado, y el Presidente, no pudiendo revelar la resistencia que encontraba su nombre en el personal de la Armada, se valía de una inexacta excusa diciéndole que, como no había mandado sino buques a vela, no tenía competencia para dirigir una máquina a vapor complicada como era un buque de guerra.

Mientras permaneció en Santiago sin que el Gobierno le fijase un puesto de servicio, Lynch acudía diariamente al Ministerio de Marina a insistir en que se le indicara cuanto antes el punto o el buque donde debía ir; un transporte, cualquier puesto secundario; lo único que deseaba era prestar a su Patria el contingente de su voluntad

y de su inteligencia. El sabía muy bien que en cualquier puesto podría prestigiar su nombre y que en todo caso estaría a la altura de sus antecedentes y de su reputación.

Don Gustavo Adolfo Holley dice en su estudio biográfico: "Lynch quería embarcarse de marinero en alguno de los blindados chilenos, si no conseguía un puesto más expectable, seguro de que en la ocasión propicia, sabría particularizar su nombre. ¡Tanta confianza le inspiraba su corazón!

Nuevas responsabilidades.

Por fin, con fecha 21 de mayo de 1879, Lynch fue nombrado Comandante General de los Transportes, nombramiento más nominal que efectivo, pues en realidad no lo asumía sino en un caso transitorio, como ser el traslado del Ejército de un puerto a otro y entonces la autoridad recaía de hecho en el Jefe de la escuadrilla que acompañaba el convoy. Lynch desempeñó este puesto con el celo y la actividad que él acostumbraba y gracias a su inteligente y previsora dirección se ejecutó sin contratiempos todo el importante servicio confiado a su cargo.



Patricio Lynch, Capitán de Navío, Jefe Político de Tarapacá.

Habiéndose rendido la ciudad de Iquique, el Ministro Sotomayor nombró Comandante de Armas de la ciudad al Capitán de Navío don Patricio Lynch y en su reemplazo en el cargo de Comandante General de Transporte, al Capitán de la Armada don Baltasar Campillo. Así inició Lynch su lucida administración de Tarapacá que lo señaló a las miradas del país y que fue el peldaño de su gloriosa carrera posterior. El Gobierno, al confirmarle el empleo, el 12 de diciembre de 1879, le dio el título de Jefe Político de Tarapacá.

La personalidad de Lynch se realza en Iquique en el puesto designado por el Gobierno, por el orden y regularidad que estableció en todos los servicios públicos. Sotomayor comprendió su mérito y lo ayudó con su influencia, recomendándolo como una gran voluntad, como un hombre capaz de ejecutar concienzuda y severamente las órdenes más delicadas y así, poco a poco, Lynch llegó a ser el hombre de confianza del Gobierno para las comisiones difíciles. Al que pocos meses antes, se le negaban los cargos de menor responsabilidad, ahora se le querían confiar todos los difíciles. Lynch había subido por su propio mérito el áspero camino de la confianza y de la popularidad.

Lynch organizó en Tarapacá todos los ramos del servicio público, inauguró una administración seria y regular e implantó la más severa y escrupulosa fiscalización en el manejo de las rentas públicas. El orden se mantuvo inalterable en Tarapacá y el negocio del guano y el salitre proporcionó fuertes rentas al Estado. Lynch supo evitar con suma destreza todos los inconvenientes que se presentaron, mantener la armonía entre las colonias europeas de Tarapacá y los chilenos, y dejar un agradable y respetuoso recuerdo en los habitantes de aquel territorio. Lo que el Gobierno deseaba y procuraba, era obtener rentas sin asumir obligaciones; pero, para conseguirlo se necesitaba mucho tino y un conocimiento completo de la enmarañada legislación existente. El nombramiento de Lynch llenó por completo estas necesidades. El orden se afianzó en breve en todo el departamento, los puertos fueron abiertos al comercio, las industrias recobraron su perdida actividad y el Capitán Lynch no tardó en ganarse la estimación y el respeto de naturales y de extranjeros. La rectitud de su carácter, su cultura, su inteligencia y su natural perspicacia, hicieron que la autoridad moral de Chile y el prestigio de su admi-

nistración se colocasen en aquel departamento a una altura digna del mayor encomio.

Después de su brillante actuación como Jefe Político de Tarapacá, Lynch fue el hombre de toda la confianza de Pinto, de Santa María y de Sotomayor, y más tarde lo fue de Vergara, del gobierno y de la Nación.

Terminada la campaña de Moquegua, Lynch, que continuaba de Jefe Político de Iquique, concibió la idea de una gran expedición de merodeo a los valles azucareros del Perú y escribió en este sentido al Presidente Pinto, quien la aprobó con agrado. Vergara, quien había asumido como Ministro de la Guerra, firmó las instrucciones que se dieron a Lynch; la comisión necesitaba un hombre de condiciones especialísimas y con dificultad se habría encontrado otro más apropiado que él. Su designación salvó a la República de una serie de conflictos que pudieron convertirse en serias dificultades para la continuación de la campaña. La actividad, la firmeza, la habilidad diplomática y, sobre todo, su terrible, implacable energía para con el enemigo y sus auxiliares del campo neutral, valió con justicia que se le apodara como el "Príncipe Rojo de la Guerra del Pacífico".

Largo sería exponer aquí los detalles de esta exitosa expedición. Lynch había recorrido en los dos meses de campaña la mitad de la costa peruana, obligando al gobierno de Lima a mantener su atención a los sucesos que se desarrollaban en el norte, mientras que en el sur el ejército de Chile se aprestaba cuidadosamente para dar el golpe decisivo sobre la capital del Perú. Lynch fue llamado por su gobierno para engrosar el ejército que se alistaba para emprender esta campaña. El Presidente Pinto le decía en una de sus cartas: "Aunque haces mucha falta en Iquique creo que servirías más acompañando al ejército".

Al finalizar la expedición al norte del Perú, reveló una vez más la firmeza de su proceder y con la sagacidad que le distinguió, pudo Lynch desarman fácilmente la tormenta internacional que amenazaba caer sobre sus hombros. El intercambio de notas que mantuvo con el Cuerpo Diplomático acreditado en Perú, puede citarse como un modelo por la corrección de su forma y por el ilustrado y fino criterio que las inspiró. Así como el gobierno de Tarapacá destacó al hábil administrador, la expedición del norte reveló un gran jefe, experto, previsor, audaz y a un consumado diplomático, capaz de ejecutar cualquier operación en el tiempo y forma ordenados.

El ejército expedicionario que efectuaría la campaña sobre Lima, fue reorganizado por el Ministro de Guerra en Campaña, don José Francisco Vergara. Se organizaron tres divisiones completas, cada una compuesta de dos brigadas. La Primera División estaba al mando del General don José Villagrán y sus respectivas brigadas, al mando del Capitán de Navío don Patricio Lynch y del Coronel Amunátegui. Después de las incomprendiones de que fuera objeto Lynch al comienzo de la guerra, el Gobierno empezó a comprender que se encontraba frente a un jefe de relevantes condiciones y ya no habría cargo de confianza que no se le quisiera encomendar. Y fue así como Lynch llegó a asumir más tarde la Comandancia en Jefe de la Primera División del Ejército, cargo con que relevó al General Villagrán.

Fue de este modo como el Comandante Lynch pasó a ser el Coronel Lynch, como se le ha llamado en muchas obras. En esta calidad, realizó la penosa, pero exitosa expedición desde Tambo de Mora a Lurín donde, al finalizar el año 1880, se reunió todo el ejército chileno para iniciar la campaña de Lima.

También en Chorrillos y Miraflores le cupo a Lynch un desempeño distinguido y glorioso. El General en Jefe, al dar cuenta al Gobierno del resultado de esas dos memorables batallas, hace de Lynch una distinción y recomendación especialísima. El Senado de la nación le concedió en breve, el 5 de abril de 1881, por unanimidad de votos, el grado de Contraalmirante de la Armada Nacional, y el pueblo entero lo designó desde entonces con el nombre de "el héroe de Chorrillos".

Su alto cargo en Perú.

En calidad de General en Jefe del Ejército de Ocupación para cuyo cargo fue nombrado por Decreto Supremo del 4 de mayo de 1881, Lynch gobernó Perú durante tres años y dos meses, con tan notable acierto que consiguió mantener en tranquilidad todo ese inmenso territorio. El día 17 de ese mes de mayo llegaba a Lima y se hacía cargo del mando, en reemplazo del general Pedro Lagos que regresó a Chile.

El tiempo que duró su mando iba a levantar su personalidad a una altura que forma agudo contraste con el desdén de que había sido objeto desde que dejó la Marina inglesa hasta su designación de Jefe Político de Tarapacá. "El mejor Virrey del Perú", como lo he expresado en un comienzo, le apodó el juicio sereno de los extranjeros; los pro-

prios peruanos hicieron justicia al acierto de su gobierno, y si fuera lícito medir a los gobernantes sólo con la vara de las aptitudes desplegadas, la historia tendría que colocarlo a una altura que no guarda proporción con la obra realizada.

En los caprichosos resultados del mestizaje, se encarnó en Lynch, el genio político característico de la nación de donde provenía su linaje paterno. El instinto le guiaba espontáneamente, con esa seguridad que tanto contrasta con el continuo zigzaguo de los talentos razonadores, hacia la solución acertada de las grandes dificultades. Profundo conocedor de los hombres y de los pueblos y dotado de una gran sagacidad, sabía distinguir las aptitudes de los que le rodeaban y conocía la idiosincrasia de sus gobernados. Apartó de su lado a los ineptos y sacó el máximo rendimiento a los funcionarios de efectiva capacidad. Enérgico y decidido para exigir, cumplió su misión inexorablemente, pero con mano enguantada. Hombre culto e inteligente, logró el respeto de propios y extraños, y supo imprimir un sello casi amable a la enérgica disciplina que implantó en el Ejército y en la administración. Lynch pertenecía al reducido número de hombres que nacen para mandar y que se hacen obedecer espontáneamente por la superioridad personal, por el acierto y tino de sus órdenes, y también por el poder de sugestión que emana de su personalidad.

Investido de las amplias facultades de un General en Jefe en campaña, trató de cimentar cierto orden estable y regulado en toda la región ocupada. Las poblaciones pudieron gozar de sosiego, los negocios comenzaron a entrar en su giro ordinario, llegando a ser la ocupación militar suave y prudente, satisfaciendo los intereses y conveniencias del vencedor, empeñado a dar pronto término a semejante situación. Las medidas de rigor sólo se emplearon cuando fue menester doblegar tenacidades injustificables, o desarmar planes y combinaciones que tendían a poner en peligro la seguridad del ejército o el triunfo de nuestras armas. En realidad, era mucho más que un General en Jefe, porque tenía bajo su inmediata tuición territorial la zona más rica y poblada del Perú, que comprendía todo el centro del país, sus costas, campos y ciudades, desde Pisco por el sur hasta Lambayeque y Paita por el norte.

Para desempeñar una tarea tan compleja, Lynch poseía carácter muy firme y de inquebrantable dureza cuando era necesario; formas, las más elegantes y suaves; trato social, la afa-

bilidad comunicativa de un hombre de mundo de la mejor sociedad, cuyos hábitos habían sido formados en la aristocrática compañía de la Marina inglesa. Hablaba el francés y el inglés, lo cual facilitaba su agradable trato para con los extranjeros de distinción que llegaban al Palacio de los Virreyes, donde vivía y donde tenía sus oficinas de despacho.

El don de mando de Lynch, su poderoso instinto político, sus asombrosas dotes de organizador y administrador, su talento diplomático y hasta su fertilidad de recursos y estratagemas para sortear lo que no tenía salida racional, le permitieron dominar una situación que nadie, fuera de él, habría podido dominar.

La labor de Lynch se resume en varios logros: la hábil creación del sistema de rentas; la admirable disciplina y obediencia a los poderes constitucionales que restableció en el Ejército y en la Armada; el triunfo de su tacto y su firmeza frente a las intrigas de la diplomacia; la simplicidad, eficacia y economía de la administración que implantó en el territorio gobernado; y la forma como hizo soportable al Perú la ocupación chilena. Su gobierno se asemejó más al de los antiguos virreyes españoles que al de un General en Jefe.

Hasta la campaña de Lima la contienda asumió formas caballerescas. Salvo hechos aislados, los ejércitos prosiguieron con la hidalguía propia de contendores civilizados. En cambio, en las campañas de la sierra, el hombre ancestral aparece con sus modalidades siniestras. Y si eso no alcanza a excusarlo todo dentro de una concepción elevada de la justicia y de la humanidad, es preciso descender a los detalles para apreciar cada caso imparcialmente.

Lynch, venciendo sus inclinaciones naturales de hombre culto y humano, tuvo a veces que proceder con rigor, y es curioso que un jefe militar, en las condiciones que él se encontraba, no levantara pasiones, ni inspirara odiosidades, reconociéndose por todos la elevación de su carácter y la dignidad de su porte y maneras.

Sea, pues, como jefe del ejército, como administrador del Perú, o como cabeza suprema de un Gobierno complicado, Lynch reveló cualidades sobresalientes. Es reconocido que llegó a conquistarse las simpatías de la sociedad de Lima, y que su orgulloso vecindario se sentía bien con el altivo jefe que no le hacía sentir el peso de su autoridad sino cuando lo exigía, claramente, el bien entendido interés de su Patria. Tales

eran las cualidades predominantes del General en Jefe.

El Contraalmirante Lynch dio cuenta detallada al Gobierno de Chile de su gestión militar y administrativa como Jefe del Ejército de operaciones en el norte de Perú, en dos memorias, en las que detalla minuciosamente y año a año, todos los hechos acaecidos durante su permanencia como Jefe Militar del Perú.

El trabajo ejecutado por Lynch en estos tres volúmenes que comprenden sus memorias, es de una gran importancia histórica ya que en él nos revela su recia personalidad, su enorme capacidad militar y administrativa, y todo el conjunto de dotes y rasgos superiores que hacen de él, como se ha dicho, el hombre de guerra más completo que ha producido la América española.

Haré mención a algunos aspectos de sus Memorias que resumen, en parte, su actividad como General en Jefe del Ejército de Operaciones del Norte y Jefe Político y Militar de Perú.

1881.

En el frente interno, el Almirante Lynch encontró en el Perú una situación muy difícil, debido a la instalación de un nuevo gobierno peruano en reemplazo del que presidía Piérola, con quien no quisieron negociar la paz los representantes chilenos señores Vergara y Altamirano.

Esta situación la aprovecharon destacados políticos peruanos, que en número de 144, se reunieron en La Magdalena, pueblo cercano a Lima, designando en la ocasión a don Manuel García Calderón, abogado influyente, como Presidente Provisional de Perú; esto, en febrero de 1881. Piérola, que se consideraba el mandatario legítimo del país, emitió un decreto que disponía juzgar por un Consejo de Guerra a los ciudadanos que, desconociendo su autoridad, habían elegido a García Calderón.

La lucha política interna se dividió entonces en dos bandos, uno civilista que apoyaba a García Calderón y otro a Piérola, quien dispuso la reunión de un Congreso en Ayacucho para el mes de junio. Por su parte, García Calderón declaraba vigente la Constitución de 1860 y convocaba a un Congreso para el 15 de mayo.

El Almirante Lynch, desde que se recibió de su alto cargo de General en Jefe del Ejército de Operaciones, se preocupó de cuanto requería esta fuerza militar que tenía 13.581 soldados. Como

hombre de armas sabía que las tropas debían estar listas ante cualquier contingencia, pues se encontraban en una difícil misión en territorio extranjero. Para llevar adelante sus planes reunió a los altos jefes y a los Comandantes de Cuerpos, entregando instrucciones para la preparación de la fuerza militar. También se preocupó del mejoramiento de la vida de sus subordinados, haciéndoles entregar equipo y vestuario más conveniente. Además, dispuso que las tropas estuviesen en mejores cuarteles y con superiores sistemas de alimentación.

En el aspecto estratégico, Lynch estudio la defensa de la capital, enviando al Batallón Buin a vigilar los caminos del oriente, al Batallón Aconcagua a la orilla izquierda del Rimac, al Batallón Chacabuco el valle de Ate, al batallón San Fernando a Miraflores y la caballería a Chorrillos. Envío fuerzas, además, al departamento de Ica, con una guarnición en Pisco.

Considerando los reclamos contra la expedición del Comandante Letelier, ordenó su regreso a Lima. Había ocurrido que, al desplegarse esta fuerza, debía pasar por la localidad de Canta, al noreste de Lima, donde se encontraban tropas peruanas. Para proteger la avanzada de Letelier se envió una compañía del Buin al mando del Capitán José Araneda con tres subtenientes y 78 soldados que combatieron en el lugar llamado Sangra contra las tropas enemigas mandadas por el Coronel Nolberto Vento. Se destacaron en la histórica jornada el capitán Araneda y el subteniente Ismael Guzmán, que resistieron el ataque junto a los demás oficiales y soldados, batiéndose después en retirada hasta recibir refuerzos. Esto sucedía el 26 de junio de 1881.

Para la administración de la ciudad de Lima, el Almirante Lynch nombró jefe al Coronel Samuel Valdivieso a quien correspondía vigilar todos los ramos de policía, aseo y seguridad; dictar medidas para el mejoramiento de las vías públicas, conceder los pasaportes y pases libres, castigar las faltas o delitos que en su concepto y en el del Cuartel General no merecieran gravedad para ser sometidas al Tribunal Militar; decretar providencias de arraigo o cualquier otra de carácter conservativo o de preocupación, siempre que fueran fundadas.

Lynch, además, dejó establecidas las labores del Municipio, a fin de que no tuviesen interferencias con las administrativas. Relevó de su cargo al Alcalde señor Canevaro, por negarse a dar a conocer el estado de las Cuentas Municipales.

En el aspecto judicial, el Almirante Lynch, deseoso de dar todas las garantías que requería la justicia, invitó a las autoridades judiciales peruanas a continuar ejerciendo sus funciones, consultando la situación creada. No encontró la cooperación debida.

La organización judicial decretada por Lynch, a la que asesoró el Fiscal de la Corte de Apelaciones de Santiago don Joaquín Godoy, se mantuvo hasta el mes de noviembre de 1881, corrigiéndose sus defectos y creándose un Tribunal de Alzada con facultades para revisar las sentencias pronunciadas por los Consejos de Guerra de Oficiales Generales. Se suprimieron los Tribunales Militares, cuya organización era imperfecta. Se nombraron promotores fiscales en Lima y el Callao, que debían desempeñarse a la vez como defensores de obras piadosas, de menores y de ausentes.

El Almirante, en su preocupación por la eficiencia de todos los servicios públicos, establece reformas importantes en los Correos, a los que da una administración similar a los de Chile, con el objeto primordial de que no sea saboteada la correspondencia. Modifica los sistemas de franqueo colocándolos como los de Chile.

Importantísima fue la labor del Almirante Lynch para mantener expedita las líneas ferroviarias, las líneas telegráficas y los cables submarinos. Extendió su preocupación al buen funcionamiento de los hospitales, cuyas actividades fueron incrementadas con los numerosos heridos de la guerra. Prestó también gran atención a los establecimientos de caridad.

El Almirante Lynch consideró cuidadosamente la significación que tenía para la normalidad del Perú su desarrollo comercial. Para este propósito, dispuso que los puertos recobraran su movimiento marítimo; a este objeto dictó normas para el comercio de exportación, reformando los reglamentos aduaneros y facilitando así la exportación directa al extranjero de las mercaderías que se almacenaban en el Callao. Las buenas medidas del Almirante se apreciaron al comprobarse en octubre de 1881 un efectivo aumento de los ingresos de aduana, lo que produjo una mayor entrada para la hacienda pública; todo esto, conseguido con un severo régimen administrativo de todos los caudales del Estado, controlados por las Juntas de Vigilancia.

Con habilidad de diplomático, el Almirante Lynch mantuvo las mejores relaciones con los representantes de los países extranjeros desde que se recibió de su alto cargo en Lima. Los continuos

reclamos que en defensa de sus connacionales hicieron los acreditados ministros, cónsules y vice-cónsules, fueron estudiados por la secretaría del Cuartel General, entregando contestaciones prudentes que en la mayor parte de las veces desvanecían los cargos.

A fines de 1881 el gobierno estimó que las fuerzas militares del Perú cada día se incrementaban más y ofrecían mayor peligro al ejército de ocupación. La resistencia principal estaba en el ejército del Centro y en el ejército del Sur, con base en Arequipa. Ante esta situación, el Presidente Santa María recomendó a Lynch llevar adelante la guerra contra las fuerzas adversarias. El Almirante fue de opinión de atacar el ejército del Centro que mandaba el General Cáceres y que era el más cercano a la capital. El Estado Mayor confeccionó para estos efectos, los planes correspondientes.

Las fuerzas de Cáceres alzaban a 3.500 soldados sin contar las tropas irregulares. El ejército chileno de ocupación a fines de 1881, se componía de 15.500 hombres, de los cuales 2.600 estaban en las guarniciones de Trujillo y Huacho. Para cubrir la defensa de Lima y Callao se requería una fuerte guarnición de acuerdo con la reacción de la población peruana. Por esta razón se estimó enviar a la campaña contra Cáceres 5.000 soldados veteranos, que pertenecían a los cuerpos de línea.

A fines de diciembre, Lynch tenía lista dos divisiones para iniciar la campaña. Una la mandaría personalmente y la otra para entregarla a las órdenes de su Jefe de Estado Mayor General José Francisco Gana. Lynch efectúa con su división una difícil marcha por la quebrada de Canta, con un recorrido de 282 kilómetros hasta llegar a Chicla. Había conseguido la retirada de Cáceres de la primera cadena de los Andes hacia el departamento de Junín. Con su Estado Mayor apreció la situación y decidió regresar a Lima que requería su presencia en el Cuartel General para resolver los problemas de su alto cargo.

1882.

Lynch informó a su gobierno del resultado de las expediciones con fecha 15 de enero, expresando "que la mayor parte de las fuerzas de Cáceres se han dispersado y han ocupado en forma tranquila el hermoso valle comprendido entre Lima y Casapalca". Agregó que se ha decidido a organizar otra expedición provista de los elementos necesarios.

Dispuso un nuevo plan para la división reforzada que a las órdenes del General Gana debía continuar la campaña contra el ejército del Centro del general Cáceres.

Las fuerzas de Gana que habían perseguido a Cáceres por el departamento de Junín llegaron a Jauja el 1 de febrero. Al término de esta parte de la expedición, el General Gana, autorizado por el general en Jefe, Almirante Lynch, entregó el mando al Coronel Estanislao del Canto y regresó a Lima el 5 de febrero. Durante los meses de febrero a junio la expedición chilena efectúa sus movimientos entre los pueblos de las serranías del departamento de Junín. El 1 de julio las fuerzas del Coronel Canto sumaban un total de 4.079 hombres. Obedeciendo instrucciones del General en Jefe, el 6 de julio inicia su marcha de Huancayo al norte para concentrar todas las tropas en Tarma.

Al pasar por el pueblo de La Concepción, el Coronel se enteró de la inmolación de toda la guarnición que se encontraba allí al mando del Capitán Ignacio Carrera Pinto, Comandante de la 4a. Compañía del Batallón Chacabuco. Conocemos la epopeya en que 77 militares chilenos defendieron valerosamente el pabellón de la patria. El conocimiento del combate de La Concepción, levantó el patriotismo en toda la nación. En Lima, el Almirante Lynch dispuso la celebración de solemnes honras fúnebres en el templo de Santo Domingo, concurrendo a ellas el Almirante, el Ministro Novoa, Jefes y Oficiales del Ejército y de la Armada.

Durante el primer semestre de 1882 el Presidente Santa María había hecho grandes esfuerzos para obtener la paz con Perú que presentaba obstáculos por el desacuerdo entre los militares y entre los políticos. Además obstruían la acción aquellos que deseaban la implicancia de los Estados Unidos que se quiso hacer efectiva la ocupación del puerto de Chimbote, ya cedido en septiembre de 1881. Para hacerse cargo de dicho puerto el ministro de EE.UU. envió la corbeta de guerra *Pensacola*.

El Almirante Lynch, que estaba siempre listo para actuar, al conocer confidencialmente el viaje de la *Pensacola*, ordenó al blindado *Blanco Encalada*, que estaba al mando del Capitán de Fragata Jorge Montt, que zarpara hacia Chimbote, al máximo de su poder de máquinas.

Montt, jefe de grandes condiciones, cumplió su comisión, llegando dos horas antes que la corbeta norteamericana. De no haber sido así, el país

pudo haber tenido una muy difícil situación internacional. Cuando llegó la *Pensacola* ya estaba flameando en el puerto la bandera nacional, a que tenía derecho Chile de izarla, por estar Perú ocupado militarmente. En esa época, los Estados Unidos no tenían en el Pacífico buques más poderosos que el blindado chileno Blanco Encalada; así se hizo respetar los derechos de la nación, debido a las oportunas órdenes del Almirante y General en Jefe don Patricio Lynch.

Volviendo a la situación interna de Perú, el ex Presidente García Calderón se encontraba relegado en Chile y por consiguiente no representaba a la opinión pública de su país. Sus partidarios lo habían reemplazado por el contraalmirante Lizardo Montero, que mandaba la fuerza de Cajamarca, sucediéndole allí el general Miguel Iglesias, tomando Montero la jefatura militar de Arequipa en julio de 1882.

Iglesias, con mando político y militar en Cajamarca, tomó la resolución de abrir el camino de la paz con Chile, proclamando que debía terminarse con las intrigas de la guerra, que para Perú valía más su libertad que los territorios que ya estaban perdidos. Esta declaración, que se llamó "el grito de Montán", ocurrió el 31 de agosto de 1882.

1883.

El 9 de febrero de 1883, el Presidente Santa María escribe al Almirante Lynch manifestándole su resolución en apoyo a Iglesias. Esta carta dice lo siguiente: "Persuadido como estoy de que no habrá paz ni con Piérola ni con Calderón, ni con ninguno de estos hombres que no tienen valor para afrontar una situación y dominarla, te debes empeñar en reforzar a Iglesias, único hombre honrado que aparece, a fin de ponernos en condiciones de ajustar con él la paz. Todos nuestros esfuerzos deben, en estos momentos, dirigirse en este sentido".

Fijada la política por el Presidente Santa María, Novoa y Lynch la llevaron adelante. Mientras el Ministro Plenipotenciario de Chile don Jovino Novoa actuaba en la diplomacia, el Almirante Lynch se preocupa del problema militar. El 24 de abril sale desde Lima una división especial al mando del Coronel del Canto; con esto quedaba iniciada la enérgica ofensiva contra Cáceres dirigida por Lynch desde su Cuartel General de Lima, la que culmina con el triunfo de Huamachuco el 10 de julio.

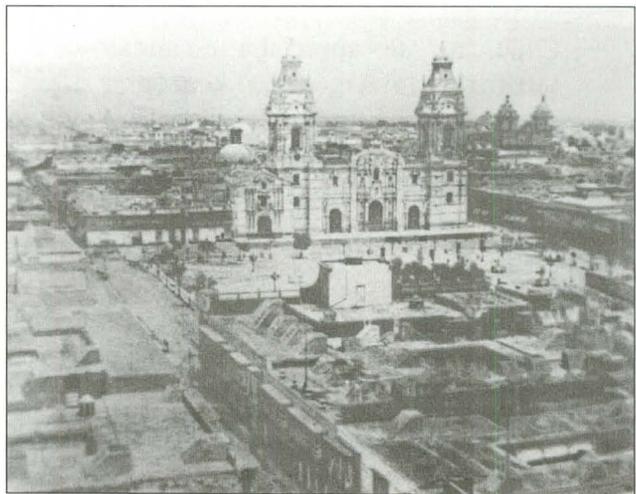
En el plano táctico, este triunfo se le atribuye a la habilidad militar del Coronel Gorostiaga y en el plano estratégico, lo hechos demuestran la correcta apreciación del General en Jefe, Almirante Lynch y su inteligente acción para dirigir las expediciones destinadas a perseguir, interceptar y combatir al más temible de los caudillos peruanos, el general Cáceres.

En el plano político, la victoria de Huamachuco apuró las negociaciones de paz que concertaban Novoa con Iglesias y que contaron con la decisiva cooperación del Almirante Lynch.

Continuando con las operaciones militares, Lynch organiza la última expedición a las sierras, llevándose a cabo la campaña de Arequipa. El 30 de octubre, el Coronel Velázquez entra a la ciudad de Arequipa a la cabeza de sus tropas y ordena que el pabellón de Chile sea izado en la Casa de Gobierno; con la caída de esta ciudad terminaba la resistencia militar en el sur de Perú.

Durante el mes de octubre sucedieron importantes acontecimientos que precedieron al término de la Guerra del Pacífico. El día 16, fondea en Ancón el vapor *Colombia* que traía al General Iglesias con el objeto de firmar el Tratado de Paz con Chile. Con fecha 18, el Gobierno chileno reconoce al del General Iglesias, formalidad previa a la firma del Tratado.

Dos días después, el 20 de octubre de 1883, se firmaba el trascendental Tratado de Paz con Perú, que ponía fin a la larga guerra y en el cual correspondió importantísima acción al Ministro



Vista de la Plaza y la Catedral de Lima. A la izquierda el Palacio de los Virreyes.

don Jovino Novoa que recibía instrucciones del Presidente Santa María. Correspondió también al Almirante Lynch cooperar en las gestiones de paz, aunque su acción principal desde que se hizo cargo del Comando en Jefe del Ejército, estuvo en la dirección superior de las operaciones militares que fueron las que hicieron posible llegar al Tratado de Ancón.

El día 23, el General en Jefe del Ejército, Almirante Lynch, al frente de la guarnición de Lima, salió de la ciudad para instalar las tropas en los vecinos pueblos de Miraflores, Barranco y Chorrillos. Ese mismo día hizo su entrada en Lima el Presidente del Perú General Iglesias, instalándose en el Palacio de Gobierno. Fue izada la bandera de Perú con los honores correspondientes, que rinden las últimas tropas chilenas al mando del Coronel Enrique Baeza.

En el Callao se efectúa un acto similar, arriándose la bandera nacional e izándose la peruana, que fue saludada con 21 cañonazos por el blindado *Almirante Cochrane*.

Lynch había dispuesto en digno ceremonial la entrega del mando de la nación. Al mismo tiempo, enviaba al Ministro de la Guerra la bandera nacional que estuvo flameando en el Palacio de Gobierno en Lima.

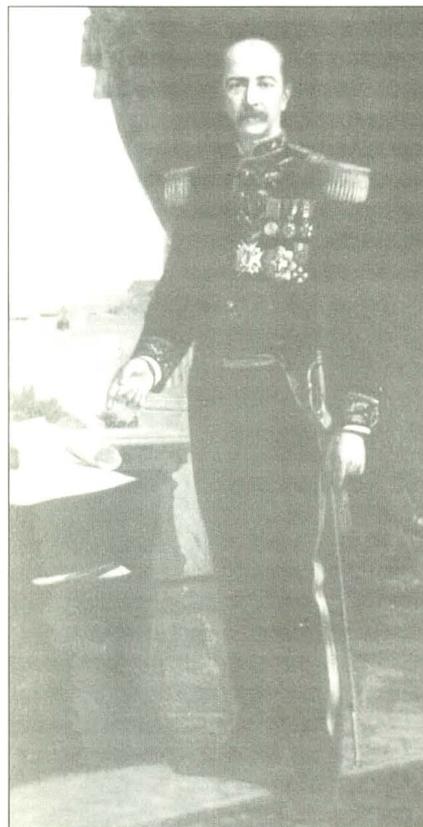
1884.

El Tratado de Ancón con Perú fue promulgado el 8 de marzo de 1884, después de aprobarlo, en enero, la Cámara de Diputados con un voto en contra y, el Senado, por unanimidad. Con el Pacto de Tregua con Bolivia, de abril de ese año, quedaban terminadas las acciones de guerra con ambas naciones.

En ese año de 1884, el Presidente, con acuerdo del Congreso, promulga una ley especial que da al Vicealmirante Lynch honores de General en Jefe en campaña y sueldo correspondiente al empleo en servicio activo. El 8 de agosto del año anterior, por su actuación notable en Perú, había sido ascendido al grado de Vicealmirante.

Firmado el Tratado de Ancón con Perú y el Pacto de Tregua con Bolivia, Chile ganaba la paz con sus adversarios, cumpliéndose un importante objetivo de la guerra.

El Almirante Lynch, que ya había ordenado el regreso al país del ejército de ocupación, se embarcó en agosto de 1884 en la corbeta *Abtao*, que llega a Valparaíso el 30 de ese mes, hace ya



Retrato del Almirante Patricio Lynch Solo de Saldívar.
Oleo de W.H. Walton, de 2,24 x 1,25 mts.
Club Naval de Valparaíso.

más de 110 años, recibiendo en este puerto un grandioso homenaje público. Fuerzas del Ejército y de la Armada le rindieron honores al desembarcar y en el trayecto, lo hizo la ciudad, engalanada con banderas y arcos triunfales.

En Santiago, el recibimiento fue también magnífico. Llegó a la estación Central del ferrocarril; allí lo esperaban los Ministros de Estado, que lo acompañaron en carrozas de gobierno por el centro de la Alameda, recibiendo durante todo el trayecto grandes ovaciones de los habitantes, que quisieron rendir así un homenaje al valeroso jefe chileno.

Finalmente, fue recibido por el Presidente de la República don Domingo Santa María, quien le expresó en nombre de la nación, que merecía el bien de la Patria por los brillantes servicios prestados en la Guerra del Pacífico.

La Armada de Chile ha tenido al Vicealmirante don Patricio Lynch Solo de Saldívar como un hombre y un profesional superior: La Escuadra Nacional mantiene siempre vivo su recuerdo con su nombre en uno de sus buques; hoy día, una fragata lo lleva grabado en bronce en su casco. Y los nombres de nuestros buques de guerra están reservados sólo para

héroes u hombres más destacados en la vida naval de la República; Lynch estará siempre presente entre ellos. La Infantería de Marina le recuerda en el nombre de uno de sus Destacamentos, precisamente el acantonado en Iquique, desde donde Lynch se distinguiera en el ejercicio de su cargo de Jefe Político de Tarapacá.

BIBLIOGRAFIA

- 1 Larenas O., Víctor H.: "Patricio Lynch, Almirante, General, Gobernante y Diplomático". Editorial Universitaria, 1981.
- 2 Rodríguez S., Juan Agustín: Vicealmirante: "Patricio Lynch, Vicealmirante y General en Jefe. Síntesis de la Guerra del Pacífico". Editorial Nascimento, 1967.
- 3 Ahumada M., Pascual: "Guerra del Pacífico". Valparaíso, 1980.
- 4 Barros Borgoño, Luis: "El Vicealmirante Patricio Lynch (1824-1886)". Imprenta de la Unión, edición 1886.
- 5 Bulnes, Gonzalo: "Guerra del Pacífico". Edición 1971.
- 6 Encina, Francisco A.: "Historia de Chile". Edición 1971.
- 7 Hernández C., Roberto: "Estudio complementario, a la vez que prólogo, a las biografías de Arturo Prat y Patricio Lynch, agosto de 1952.
- 8 Medina, J.T.: "El Vicealmirante don Patricio Lynch (1824-1886)".
- 9 "El Mercurio", de Valparaíso. Crónicas de la época.
- 10 Holley, Gustavo A.: "Vida del Vicealmirante don Patricio Lynch". Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1892.

